

El Subdesarrollo en México es político



LORENZO MEYER*

Ningún partido en el poder lo ha dejado porque así lo hayan ordenado las urnas. Nunca ha habido una alternancia de partidos en el poder, único signo objetivo de que un sistema ha logrado su madurez democrática

LO QUE EN HONDURAS HA RESULTADO SER ser un proceso normal, en México sería casi un milagro. Me refiero, desde luego, al hecho de que en el país centroamericano hubo elecciones presidenciales el 28 de noviembre, y en la noche de ese mismo día se tenían resultados electorales fidedignos ¡y el Partido Nacional en el poder aceptó su derrota a manos de los liberales! Nada similar ha pasado nunca en México.

La democracia política, se dice, está directamente relacionada con el grado de desarrollo económico. Los casos de México y Honduras llevan a dudar de esta afirmación. Honduras tiene un grado mucho menor de desarrollo que México: su ingreso per cápita equivale a un 24 por ciento del mexicano y el 71 por ciento de la población hondureña es rural, comparado con un 30 por ciento en México. El atraso económico relativo, de los ciudadanos hondureños no fue obstáculo para llevar a cabo elecciones presidenciales pacíficas, con resultados creíbles y que desembocaron en una alternancia de partidos en el poder.

El 28 de noviembre también tuvieron lugar elecciones en México, aunque éstas fueron locales: las de Yucatán. El contraste entre lo ocurrido en Honduras y Yucatán es notable. Para empezar, los resultados provisionales en Yucatán tardaron dos días en conocerse y su credibilidad fue muy poca, pues el perdedor, el Partido de Acción Nacional (PAN), los puso en duda. El PAN se negó a conceder su derrota, entre otras cosas, porque en ocho municipios el partido en el Gobierno, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), dijo haber triunfado al estilo soviético, es decir, ¡con votaciones superiores al cien por ciento del padrón electoral!

En realidad, el verdadero subdesarrollo en México no pareciera ser el económico, sino el cultural, entendiendo por cultura un sistema integrado por conocimientos, creencias y conductas. Y la política, no hay duda, es una parte central —determinante quizá— del sistema cultural de cualquier sociedad.

México se integró en el mundo moderno como colonia, una colonia donde la población nativa era la inmensa mayoría y el

grupo conquistador, el europeo, una pequeña minoría. Durante tres siglos, al grueso de los mexicanos se le imprimió a hierro la divisa de los virreyes: los habitantes de la Nueva España nacían para obedecer y callar y no para opinar en los altos asuntos de la política. Tal parece que ese lema sigue vigente tras 172 años de independencia. Desde que concluyera en 1829 la primera Presidencia de la nueva república, la de Guadalupe Victoria, ningún partido opositor ha llegado al poder en México por la vía de las elecciones. Ningún partido en el poder lo han dejado porque así lo hayan ordenado las urnas. Nunca ha habido una alternancia de partidos en el poder, único signo objetivo de que un sistema ha logrado su madurez democrática. Desde el triunfo definitivo de la Revolución Mexicana en 1917, el poder nacional ha sido transferido únicamente a miembros del grupo revolucionario original y, después, a sus herederos directos. Desde su creación en 1929, es decir, hace 64 años, el partido del Estado en México —Partido Nacional Revolucionario (PNR), Partido Revolucionario de México (PRM) y el PRI— ha mantenido un monopolio absoluto sobre la Presidencia.

En el año entrante van a tener lugar elecciones presidenciales en México, las últimas antes de que se inicie el siglo XXI, y todo indica que la falta de credibilidad puede ser, de nuevo, un problema serio. Es ya tiempo de poner fin al subdesarrollo de la política mexicana, pues de lo contrario el país seguirá siendo una sociedad premoderna, de súbditos y no de ciudadanos. ■

*Es investigador, escritor y analista político



«Parece que los mexicanos han nacido para obedecer y callar».